

La Escuela y el docente han sido actores protagónicos en esta pandemia: ¿Qué hemos aprendido para el futuro?

Estimados colaboradores:

La situación de pandemia y las consecuencias que ésta tuvo sobre los modos habituales de vivir nos tomaron por sorpresa a inicios de marzo. Llegó el coronavirus modificando nuestras rutinas, nuestros planes, nuestros roles, nuestras maneras de relacionarnos con otros.

En el caso de los profesores y de todos los que nos desempeñamos en diferentes ámbitos del proceso educativo significó una vuelta en el aire que nos situó en un terreno desconocido sin dar el espacio de preparación, como un terremoto grado 10. Simplemente llegó y cuando nos logramos poner de pie, nos dimos cuenta que habíamos sido erradicados de nuestro lugar físico de trabajo: la escuela. Entonces, nos percatamos que ésta era mucho más que ese espacio: tenía que ver con un rol que desempeñábamos de una cierta manera, inmersos en una cultura escolar con ciertas normas, con ciertas formas de hacer las cosas, de resolver los problemas, de relacionarnos con los estudiantes, con los colegas, directivos, familias y con todos los que laboran con nosotros.

La pregunta generalizada fue: **¿cómo enseñamos ahora?** Los niños están en sus casas, nosotros en las nuestras. Entonces, con pocos días de anticipación, se comenzó a montar un engranaje inédito, dirigido a educar de modo remoto. A más de dos meses de iniciada esta experiencia sabemos que ha sido un trabajo intenso, duro, pero en el que se pueden reportar logros. La escuela ha cambiado y los profesores han usado su creatividad para vencer las distancias, se han capacitado, han enfrentado situaciones que no imaginaron, han usado recursos nuevos y, en general, se puede decir que ha sido una experiencia difícil, pero enriquecedora.



Esta vivencia que nos sacó de nuestra rutina, de nuestro modo habitual de hacer las cosas, que ha constituido un desafío en muchos sentidos, se transforma en una oportunidad también de **reflexionar acerca de la escuela que necesitamos**.



Lo que ha hecho la crisis sanitaria es ayudarnos a mirar lo que hacemos con la distancia suficiente de nuestras rutinas como para darnos el espacio a reflexionar sobre viejas preguntas con miradas nuevas: **¿qué es lo esencial que debiésemos sacar de esta experiencia como escuela y como profesores?**

¿Qué roles y acciones que se han ejercido en esta época de aprendizaje virtual debiésemos mantener en un futuro? Esta es una pregunta estrechamente ligada a la escuela que nos gustaría construir y habitar en un futuro.

Hoy sabemos que las crisis ponen en tensión las capacidades de las instituciones y las personas. Algo que ha emergido en muchas escuelas es la tremenda potencia que tienen las relaciones en momentos difíciles. No ha dado lo mismo vivir esta pandemia solo o acompañado, pudiendo apoyarse en relaciones seguras, que nos invitan a compartir las emociones y a cuidarnos unos a otros, porque una situación estresante vivida con contención y apoyo nos permite no solo atravesar la situación de mejor manera, sino que cambia la mirada que tenemos acerca de nuestro propio potencial. Nos sentimos más capaces, más fuertes, más preparados en el afrontamiento de situaciones difíciles.

Cuando lo anterior ocurre en la escuela se le llama **resiliencia institucional**. Como se sabe, la resiliencia es la capacidad de superar eventos difíciles y de adaptarse a situaciones de adversidad con los mejores recursos. Hoy sabemos que la resiliencia no es una capacidad que reside en las personas como un rasgo propio de algunas de ellas, sino que es una construcción activa y dinámica que reside en los vínculos sociales y en las relaciones de apoyo entre pares. Cuando esto ocurre, las personas pueden enfrentar situaciones significativamente negativas con una provisión de factores protectores que les dan la seguridad de reposar en un colectivo que les contiene y apoya.

Lo descrito anteriormente se ha dado en algunas escuelas y ha sido una poderosa experiencia para muchos profesores en este período. Algunos relatan cómo el tremendo desafío de educar a distancia los ha llevado a buscarse más que cuando están en situación presencial, a compartir material, a repartir tareas, a darse sugerencias y construir lazos que antes no tenían. El mismo hecho de contactarse desde sus hogares ha llevado a un mayor conocimiento mutuo y del entorno de los otros: los hijos que irrumpen en cámara y hasta las mascotas que, a veces, han sido un invitado más a la reunión. Esto ha aumentado los niveles de confianza y de identidad grupal. Y, sobre todo, ha sido una enorme experiencia de aprendizaje grupal: aprendizaje del otro, porque se ha compartido conocimiento, experiencia y prácticas, pero también aprendizaje con el otro, porque se ha ido construyendo una experiencia conjunta, se ha creado, se ha probado, evaluado cómo resultó lo que se ideó, alegrándose con los buenos resultados y apoyándose frente a los malos resultados.



Probablemente esta no ha sido la experiencia de todos los profesores en pandemia, pero aquellos que la han vivido han aprendido más que estrategias pedagógicas a distancia, han aprendido que la capacidad de apoyarse y colaborar es enriquecedora, que hace sentir resilientes, la carga pesa menos y las emociones cambian positivamente.

Pese a que los neurocientíficos nos muestran que nuestro cerebro es social y que estamos programados para conectar entre nosotros y colaborar, muchas veces en nuestra rutina habitual vivimos nuestra labor en solitario, no pedimos ayuda y vamos muy apurados para pedirla. Sin embargo, las crisis activan nuestros cerebros mamíferos, que buscan al otro, que reconocen nuestra vulnerabilidad intrínseca, que muestran que nuestra fuerza está en la colaboración.

¿No lo hemos practicado aún? No es tarde. Se puede activar desde ya: ¿Juntémonos para ver esto? ¿Cómo te ayudo? ¿Me puedes ayudar con esto? ¿Cómo haces para...?

De todas las lecciones que deja esta pandemia, la colaboración entre profesores es una de gran potencial que puede permitir construir escuelas nutritivas, acogedoras y resilientes frente a los desafíos futuros. La evidencia muestra que cuando la organización social de la escuela se caracteriza por tener relaciones de apoyo, de confianza y amistosas entre colegas fomenta la capacidad colectiva de los profesores, produce bienestar y mayor motivación con la tarea. Después de todo, como dice Paulo Freire:

“La escuela no se trata de edificios, aulas, pizarras, programas, horarios, conceptos...

Escuela es sobre todo gente, gente que trabaja, que estudia, que se alegra, se conoce, se estima.

Y la escuela será cada vez mejor en la medida que cada uno se comporte como compañero, colega, como amigo, como hermano”.

“Nada de islas cercadas donde la gente está rodeada por todos los lados.

Nada de convivir con las personas y descubrir que no existe amistad con nadie.

Nada de ser como el bloque o ladrillo que forma la pared. Indiferente, frío, solo.

Importante en la escuela no es sólo estudiar, no es solo trabajar, es también crear lazos de amistad, es crear ambiente de camaradería, es convivir, es unirse, es sentirse “ligado a ella”

Ahora bien, como es lógico...en una escuela así va a ser fácil estudiar, trabajar, crecer, hacer amigos, educarse, SER FELIZ.

Es así como podemos comenzar a mejorar el mundo”.

¿Difícil? Probablemente. Imposible. No.

Empieza con un: “Necesito ayuda en esto” o con un: ¿Cómo te puedo ayudar?”

¿Qué refuerzo con esto?

TRABAJO COLABORATIVO – APRENDIZAJE GRUPAL – VÍNCULO – RESILIENCIA INSTITUCIONAL.